

Fe y sacramentos al servicio del diálogo intercultural

Ramiro Pellitero*

en, C.-J. Alejos Grau (ed), *Al servicio de la educación en la fe:*

El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica,

ed. Palabra, Madrid 2007, pp. 73-102

La historia muestra que los cristianos han extendido el mensaje del Evangelio en las diversas culturas a las que pertenecían. Más aún, la fe y el lenguaje cristiano han servido para comunicar entre sí culturas muy diferentes. En nuestros días el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica se ofrece como un instrumento para seguir adelante en esa tarea, procurando mejorar lo ya realizado.

Conviene detenerse a considerar que este servicio al diálogo entre las culturas es una consecuencia de la evangelización: la presupone, la acompaña y la sigue, forma parte de ella. Evangelización quiere decir “hacer el Evangelio” en el mundo. ¿Y qué puede significar esto en la práctica?. Paradójicamente, “dejarse hacer” por Dios, escuchar su Palabra, que en sentido pleno es Jesucristo –la Buena Nueva del Evangelio–, y hacerla vida.

En otros términos, los cristianos saben que sólo en Cristo está la Verdad, el Camino y la Vida. Su vocación les lleva, desde el encuentro con Cristo, a contribuir al entendimiento entre los pueblos, a la solidaridad y a la paz en el mundo. Para eso, ante todo, se requiere conocer y vivir la fe; hacer que la fe sea lo que determina y alienta la vida. El conocimiento y la “vida en Cristo” son las condiciones para que el servicio cristiano al mundo, y el diálogo con las culturas, sea genuino y eficaz.

De esto trata el Catecismo de la Iglesia Católica, y, más brevemente, su Compendio: viene a ser un “mapa” orientativo para la fe y la vida de fe, que está centrada en los sacramentos. Un instrumento útil para la catequesis, es decir, para la iniciación a la vida cristiana y a la participación en la misión que la Iglesia toda tiene en el mundo: ser germen de unidad y de fraternidad.

1. LOS CRISTIANOS EN LA ENCRUCIJADA DE LAS CULTURAS

El Catecismo de la Iglesia Católica ve la luz en una época –los años noventa– en que se habla de globalización –rápida en la economía y la comunicación– y al mismo tiempo se percibe la fragmentariedad –persistente en lo cultural–. Años después hemos sido más conscientes de los problemas que todo ello comporta. Se camina tras el ideal del “policentrismo” (muchas perspectivas y no una sola que margine a las otras), y, al mismo tiempo del diálogo y el respeto entre las personas. De más reciente creación es el término “multiculturalismo”.

El fenómeno, se llame como se llame, no es completamente nuevo. El encuentro del cristianismo con las diversas culturas se aceleró a partir de los descubrimientos geográficos del siglo XV, las corrientes de emigración que provocaron y la acción misionera que ha tenido lugar desde entonces. De modo dramático se ha presentado en circunstancias críticas que han forzado migraciones e incluso diásporas de pueblos

* Profesor de Teología Pastoral, Universidad de Navarra

enteros. Pero la reflexión sobre el fenómeno es nueva, sobre todo como hecho sociológico y dimensión política. La cuestión se plantea por las dificultades que encuentran las personas que llegan a los países desarrollados de Occidente, procedentes de otros países y culturas, y las reacciones que suscitan estas migraciones. Sin embargo, el debate cultural apenas ha comenzado y se presta a manipulaciones, particularmente donde domina la ideología laicista. Del discernimiento, generosidad y prudencia por parte de todos los implicados, depende que se vayan arbitrando soluciones positivas, o, por el contrario, se produzca un deterioro de la convivencia, quizá con perjuicio de la identidad cultural y religiosa en los lugares de acogida¹.

Como ha manifestado Mary Ann Glendon –presidenta de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales–, los fenómenos de migración que estamos viviendo con una intensidad sin precedentes históricos, pueden y deben ser enfocados desde el punto de vista de la educación, pues el ser humano tiene necesidad de conocer y comunicarse con los demás. Esto implica la superación de un enfoque puramente utilitario o económico².

Aquí queremos centrarnos en la vía del diálogo intercultural. En castellano se dice que “hablando se entiende la gente”, pero eso requiere un lenguaje común. Sin él no habría diálogo. Sin diálogo inteligente y sincero —que busca la verdad que viene por “el otro”— no cabe edificar puentes culturales. Y sin esos puentes, unas culturas siguen dominando a las otras, detrás de la valla publicitaria del “pluralismo”. Con todo ello tiene que ver la catequesis.

1.2. *Multiculturalismo, fe y cultura*

La cuestión del pluralismo de las culturas –o si se quiere el “multiculturalismo”– y de la importancia del lenguaje en el diálogo intercultural, es clave también dentro de la comunidad eclesial. Entendernos acerca de nuestra fe parece necesario para poder vivirla y proponerla –como es el ideal cristiano– a los hijos, a los amigos, a los conocidos. Al mismo tiempo se plantea cómo expresar la fe de manera que sirva de signo e instrumento del servicio cristiano a la comunión entre los hombres. Dicho de otro modo, este horizonte “transcultural”, pensando primero en el “interior” de la comunidad cristiana, tendría que respetar lo válido de las diversas formas culturales de la fe cristiana, y enriquecer a unas con las aportaciones de las otras. Todo eso requiere un lenguaje común que aspire, con la ayuda de Dios y la colaboración libre de todos, a mejorar el entendimiento mutuo entre los pueblos.

Como punto de partida puede servir algo que decía Juan Pablo II ante las Naciones Unidas, en 1995: en lo más profundo de cada cultura se encuentra su acercamiento al misterio de Dios. De aquí se sigue que “evangelizar” la cultura o las culturas no supone someter a los hombres a una dinámica extrínseca a su existencia. Por la misma razón, la relación entre el Evangelio y las culturas toma como punto de partida la persona y las relaciones de las personas con Dios y entre sí. Esto quiere decir que la fe tiene un dinamismo cultural. De modo que, en expresión que se ha hecho célebre, “la síntesis entre la cultura y la fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se convierte en cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”³.

La fe comporta ante todo una adhesión libre y amorosa a Jesucristo, a su misterio, a su doctrina y a su Iglesia. La fe tiene un carácter dialógico: se entrega al hombre como don, en la Palabra de Dios y surge del hombre como respuesta. La fe se

¹ Cfr. J. MORALES, *¿Qué es eso del “multiculturalismo”?*, en “Palabra”, 492 (II-05) 52-57.

² Cfr. M.A. GLENDON, *La educación en tiempos de globalización* (entrevista), en “Zenit” (www.zenit.org), servicio del 24-11-2005.

³ JUAN PABLO II, *Carta por la que se instituye el Consejo Pontificio de la Cultura*, 20-V-1982.

acompaña de una fuerza que dinamiza la inteligencia, y se extiende comunicándose; mientras que, inversamente, disminuye si no se comparte. Por eso la fe sitúa a cada uno ante un horizonte y una aventura irreplicable, que se deriva del encuentro con Cristo y se vive en la comunión de la Iglesia. En esa perspectiva *la fe que se hace cultura* es esa misma fe que se acoge, se piensa y se vive. Es la fe en Cristo que va desplegando todo su dinamismo, haciéndose cultura para iluminar “desde dentro” la misma cultura. Es la fe que puede mover montañas, que ha transformado la historia y lo seguirá haciendo, habitualmente de modo silencioso, por medio de la vida fiel de los cristianos.

Lo que hoy día denominamos *inculturación* del Evangelio –que el Evangelio penetre en las culturas, vivificándolas, de modo que las culturas mismas terminen contribuyendo a expresar más plenamente el Evangelio– es algo que ha sucedido desde los primeros cristianos. La referencia a la inculturación, sin embargo, da a veces la impresión de ocultar una desconfianza ante la potencialidad “transcultural” de la fe, tantas veces mostrada durante la historia. En el fondo late una desconfianza en el diálogo, en la transmisión y en último término en el conocimiento de la verdad, es decir, en la capacidad del hombre para razonar y trascender lo meramente fáctico.

En todo caso, la Iglesia como tal ha ido tomando en nuestra época una nueva conciencia, más profunda y sistemática, de la dimensión cultural de la fe, en cada persona y en los grupos humanos. Y esto le ha llevado a insistir en dos aspectos de la inculturación.

Primero, que la evangelización de las culturas quiere decir evangelización de las inteligencias y hábitos mentales, de las costumbres y los comportamientos, en último término, de las personas. A través de ellas se llega a cristianizar los valores y las costumbres de los pueblos.

Segundo, que la evangelización respeta, purifica y renueva las culturas. El anuncio de Jesucristo saca a la luz las “semillas del Verbo” escondidas en las culturas, abriéndolas a la medida misma de la sabiduría divina.

1.2. *Culturas y catequesis*

La preocupación por las culturas, como contexto de una vida de fe, ha estado siempre presente en la catequesis. Pero este interés surge temáticamente en la época del Concilio Vaticano II. Algunos países europeos se venían enfrentando a la descristianización y veían la necesidad de partir, en la catequesis, de la *experiencia* de las personas. Se acentúa el aspecto antropológico, la necesidad de presentar la fe como lo que da sentido a la vida del hombre. Se quería asimismo recuperar el vigoroso impulso de la Iglesia primitiva, centrado en el anuncio de la muerte y resurrección de Cristo (*kerigma*). Sobre todo a través de las “Semanas Internacionales de Estudios sobre la catequesis” (1959-1968), estas preocupaciones convergieron con los intereses misioneros de Asia y África.

El contexto latinoamericano contribuyó, en los años setenta y ochenta, a poner de relieve que la promoción humana forma parte de la evangelización, entendida en sentido amplio e integral. A medida que avanza el posconcilio se redescubre la catequesis como un proceso dinámico de catecumenado, a la vez que crece el interés por las ciencias humanas y sociales.

Estos y otros desarrollos que se entrecruzan en nuestros días –como los vínculos entre catequesis y espiritualidad, catequesis y “piedad popular”, catequesis y ecumenismo, etc.–, pidiendo una síntesis de las diversas “dimensiones” de la catequesis, distan mucho de ser lineales. Contrastan, por otra parte, con el desconcierto de muchos, que se preguntan si la catequesis no habrá fracasado en lo fundamental (la “transmisión” de la fe). Hay un cierto movimiento pendular en las últimas décadas desde una

catequesis que se centraba en los conocimientos hasta una catequesis que olvida la dimensión noética o cognoscitiva de la fe, caracterizada por el interés hacia lo vivencial y un cierto antiintelectualismo. Como han recordado los obispos españoles, en la catequesis la dimensión cognoscitiva asegura la verdad y la profundidad de la dimensión vivencial⁴.

Con todo, se va imponiendo la certeza de que la catequesis no puede desentenderse de una interpretación y crítica de la cultura y de las culturas. Por eso es preciso que todo nuevo Catecismo “ayude a iluminar con la luz de la fe las situaciones nuevas que en el pasado aún no se habían planteado”⁵.

Concluamos este apartado haciendo notar que la Iglesia, que siempre ha pedido unidad en la profesión de la fe, nunca ha impuesto un catecismo ‘único’ para toda la Iglesia. Tampoco el Catecismo de la Iglesia Católica y su Compendio quieren ser el instrumento “único y definitivo” para la tarea catequética. El Catecismo se presenta como *punto de referencia* y el Compendio, como síntesis del Catecismo, con vistas a la catequesis y a la elaboración de catecismos locales. Y es que la Iglesia tiene la conciencia clara de que la fe única debe transmitirse dentro de variadas dimensiones culturales, que corresponde discernir a los pastores.

2. DIÁLOGO: VERDAD Y AMOR

Lo que es una y única es la fe cristiana, vivida en diversas culturas, al servicio de la comunicación y de la felicidad, terrena y eterna, de las personas. El testimonio y el anuncio de esta fe vivida tiene en el diálogo un medio fundamental.

Como ya hacía notar Pablo VI en su encíclica programática *Ecclesiam suam* (1964), el diálogo de la Iglesia y de los cristianos con el mundo se origina en el diálogo que Dios mismo ha querido entablar con los hombres. Les ha entregado su Verbo divino, su Palabra hecha carne en Jesucristo. Él es “la Palabra perfecta y definitiva del Padre” (*Compendio*, n. 9), la Palabra de su amor hasta el extremo.

Esta manera de obrar de Dios nos enseña a los cristianos cómo ha de ser nuestro diálogo entre nosotros y con las demás personas: sus presupuestos, condiciones y características.

2.1. *Un intercambio de dones*

El diálogo implica cercanía y cierta igualdad: ponerse al alcance del otro, arriesgarse a que el otro me conozca y me descubra. El diálogo se caracteriza por unas actitudes profundas: amor desinteresado que toma la iniciativa; adaptación a las disposiciones psicológicas e histórico-temporales del interlocutor; apelación, al menos implícita, a la libertad. Se realiza por los caminos de la educación humana, de la persuasión interior, de la conversación ordinaria. Una persona dialogante mantiene un horizonte universal: a nadie discrimina. Es capaz de percibir la parte de verdad que está en el otro, “su verdad”: la forma que revisten sus convicciones. Está predispuesta a la escucha y a la paciencia, por mucho que tenga que decir, y quizá por ello. El diálogo es más que un intercambio de ideas, es “un intercambio de dones”⁶.

Esas disposiciones o actitudes profundas tienen manifestaciones bien visibles. La corrección y la estima, la simpatía y la bondad, con quien se entabla el diálogo. La

⁴ Cfr. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad: orientaciones pastorales para la Catequesis en España hoy* (1983), n. 86.

⁵ JUAN PABLO II, Constitución *Fidei depositum*, 11-X-1992, n. 3.

⁶ BENEDICTO XVI, *Encuentro ecuménico en Colonia* (18-VIII-2005). La frase es de Juan Pablo II, Encíclica *Ut unum sint* (1995) n. 28, que remitía a su vez a la reflexión que hace el Concilio Vaticano II sobre la universalidad y catolicidad del único Pueblo de Dios (cfr. *Lumen gentium*, n. 13).

exclusión de la condena apriorística, de la polémica ofensiva y habitual, de la vanidad ante la conversación inútil. En un ambiente de respeto a la dignidad y libertad del otro, el diálogo –decía la *Ecclesiam suam* (n. 30)– busca “su provecho y quisiera disponerlo a una comunión más plena de sentimientos y convicciones”.

2.2. Presupuestos, condiciones y características del “diálogo apostólico”

Los cristianos, como todos los ciudadanos, ofrecemos nuestras convicciones y queremos hacerlo en un clima de libertad y respeto. Esto se traduce en un “estado de ánimo” que busca la claridad y la afabilidad, la confianza y la prudencia pedagógica, recordando las actitudes de Jesús mismo y en unión con ellas. En un diálogo que comienza con el testimonio y se completa con la palabra. Un diálogo que tiene como fin invitar a las personas que nos rodean a que participen de lo que consideramos el mayor bien: la amistad con Cristo.

Como todo diálogo, este “diálogo apostólico” del cristiano sabe de decepciones, pero sobre todo de alegrías. No olvida el pecado, y por eso, no se deja llevar de la ingenuidad de pensar que el diálogo es una tarea fácil. Pero la fuerza interior del Espíritu le conduce a unir la verdad con la caridad, y la inteligencia con el amor. Se descubre así la diversidad de los caminos que conducen a la luz de la fe, y cómo pueden llegar a ser complementarios. Nuestro razonamiento es capaz de salir fuera de los senderos comunes, profundizar sus investigaciones y renovar sus expresiones. Percibimos entonces –como decían los Padres de la Iglesia en los primeros siglos– semillas o elementos de verdad también en las opiniones ajenas. Se ejercita nuestra lealtad y se obtiene el mérito que comporta el esfuerzo de exponerse a las objeciones y la lenta asimilación de los otros. Ese diálogo, concluía Pablo VI, hace sabios y maestros.

No hay que perder de vista que el primer nivel del diálogo es el diálogo entre los católicos, imprescindible para hacer que la Iglesia sea, en las palabras de Juan Pablo II, “la casa y la escuela de comunión”⁷. Un católico no debe poner etiquetas a personas, grupos o instituciones que pertenecen a la Iglesia. Ha de rechazar las tentaciones egoístas “que engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias”⁸. Precisamente en cuanto católico, debe tener “corazón grande, espíritu abierto”⁹, sin hacer distinciones de razas, culturas o países. Sólo desde la unidad entre los fieles católicos y una mentalidad genuinamente católica puede afrontarse el diálogo, tanto a nivel personal, como institucional y teológico.

Sin olvidar que “la única Iglesia de Cristo subsiste en la Iglesia Católica”¹⁰, es necesario que los católicos nos examinemos a nosotros mismos, para ver si nuestra fraternidad es la base de un testimonio fiel ante los otros cristianos. El esfuerzo por la unidad y el respeto –¡ójala el amor!– a la libertad y a las legítimas diversidades dentro de la Iglesia Católica son condiciones para un diálogo sincero con los demás cristianos.

Por tanto, todo católico debería de pensar y actuar con este principio: todos los cristianos, instituciones o grupos que la Iglesia acoge, son de nuestra familia. No cabe hablar de “ellos” y “nosotros”, porque sólo cuenta el *nosotros* de la fe. Por eso estamos unidos y nos sentimos unidos, trabajando todos –los que vivimos ahora en el mundo, los que vivieron y los que vivirán– por el Reino de Dios. Esta consideración es más pertinente cada día, pues de nada sirve restar y dividir, cuando lo que se necesita es

⁷ Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, n. 43.

⁸ *Ibid.*

⁹ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, n. 525.

¹⁰ CONC. VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 8.

sumar y multiplicar. Sólo de este modo podremos contribuir a eliminar las barreras entre las culturas.

La Constitución pastoral *Gaudium et spes*, del Concilio Vaticano II, expone en su capítulo IV los siguientes principios fundamentales sobre el diálogo que la Iglesia mantiene con el mundo:

– Todos los fieles, según su condición, pueden participar en el “diálogo salvífico”, respetando la legítima libertad en las cuestiones terrenas.

– Del mundo y de la historia ha ido la Iglesia aprendiendo experimentalmente el conocimiento de la naturaleza humana, para expresar mejor el mensaje cristiano con los conceptos y lengua de los pueblos, en las diversas culturas.

– Respecto a los “signos de los tiempos”, corresponde a todos los fieles del Pueblo de Dios, ayudados con el servicio particular de los Pastores y de los teólogos, discernir, interpretar y valorar, con la asistencia del Espíritu Santo y a la luz de la palabra divina, las voces de nuestro tiempo, para que la verdad revelada pueda ser mejor percibida, entendida con más claridad y expresada más adecuadamente.

En el caso de los fieles laicos, lógicamente este diálogo apostólico se lleva a cabo con ocasión de las relaciones de convivencia y amistad de que está entretejida la vida corriente; las incidencias de cada día, pasadas –no puede ser de otro modo– por el tamiz de la experiencia personal. Con vocabulario del Concilio Vaticano II, resume el Compendio del Catecismo la vocación propia de los fieles laicos: “Buscar el Reino de Dios, iluminando y ordenando las realidades temporales según Dios” (n. 188). Por tanto les corresponde, a la hora de dialogar sobre tantos argumentos, hablar sobre ese “gran tema” que es la experiencia de ser cristiano en la vida ordinaria: la experiencia de la *vida con Cristo* y de que cómo puede esa vida *vivificar* más profunda y plenamente las actividades familiares, laborales, sociales, etc.

2.3. *Diálogo desde la fe iluminada y vivida*

Como ha sucedido en la historia hasta ahora, sin duda esto seguirá teniendo consecuencias para el diálogo, no ya entre los cristianos –tanto a nivel intracatólico como ecuménico–, sino también en el diálogo de los cristianos con las religiones e incluso con los no creyentes y los partidarios de una visión secularista del mundo.

Respecto a las religiones, el diálogo puede considerarse como un importante camino para la búsqueda común de la verdad religiosa. El que, según la fe cristiana, la totalidad de la revelación divina se ha realizado sólo en Jesucristo, no excluye que, en diversos modos, Dios se haya mostrado a los seguidores de otras tradiciones religiosas. De hecho la acción de Dios por Cristo en su Espíritu se sigue realizando en el mundo a favor del género humano, como preparación, realización y consumación del Evangelio.

Al dialogar con otras tradiciones religiosas, los cristianos han de tener presente las contradicciones que pueden existir entre ellas y la revelación cristiana. Por otra parte, deben estar preparados para responder a objeciones sobre el contenido de su credo, y también para valorar las críticas que puedan recibir, acerca de la forma en que comprenden y –sobre todo– practican la religión. Pues el carácter pleno o integral de la verdad revelada en Cristo no garantiza que cada uno de los cristianos, tomado en su singularidad, esté en posesión plena de la verdad. Máxime si se tiene en cuenta que la verdad no es algo que se posea de una vez por todas, sino que se identifica con la persona misma de Jesucristo, de la que nos debemos “dejar poseer”.

A propósito del diálogo entre creyentes y otros ciudadanos “secularizados”, cabe referirse al debate sobre las bases morales prepolíticas del Estado liberal, que mantuvieron Jürgen Habermas y Joseph Ratzinger en Munich¹¹.

Allí se dijo que una sociedad pluralista “no solamente exige de los creyentes que en el trato con los no creyentes y con los que creen de otra manera se hagan a la evidencia de que razonablemente habrán de contar con la persistencia indefinida de un disenso; sino que por el otro lado, (...) también se exige de los no creyentes que se hagan asimismo a esa evidencia en el trato con los creyentes (Habermas). De manera que “los ciudadanos secularizados, (...) ni pueden negar en principio un potencial de verdad a las cosmovisiones religiosas, ni tampoco pueden discutir a sus conciudadanos creyentes el derecho a hacer contribuciones, en su lenguaje religioso, a las discusiones públicas. Una cultura política liberal puede esperar incluso de los ciudadanos secularizados que arrimen el hombro a los esfuerzos de traducir, del lenguaje religioso a un lenguaje públicamente accesible, aquellas aportaciones (del lenguaje religioso) que puedan resultar relevantes” (Habermas).

Ante las “patologías” de la razón –como la bomba atómica, o el hombre como “producto” de la técnica– y de la religión –sobre todo el terrorismo fanático–, parece existir un acuerdo en que religión y razón deberían “mostrarse una a otra los respectivos límites y ayudarse a encontrar el camino” (Ratzinger)¹². Razón y religión poseen una correlación que debe concretarse en el actual contexto intercultural. En esa correlación intervienen la fe cristiana y la cultura secular occidental como fuerzas culturales determinantes. Pero esto no significa que puedan dejarse de lado otras culturas (las culturas religiosas del Islam, de la India, de África y de América). Hay que rechazar toda clase de eurocentrismo: “Es importante darles voz en el intento de una auténtica correlación polifónica en la que se abran a la esencial relación complementaria de razón y fe...” (Ratzinger)¹³.

En la que sería su última conferencia antes de convertirse en el sucesor de Juan Pablo II, el Cardenal Ratzinger se pronunció sobre el tema “Europa en la crisis de las culturas”¹⁴. Defendió que la auténtica contraposición en el mundo de hoy no es la que se da entre las diferentes culturas religiosas, sino entre una radical emancipación del hombre respecto de Dios, por una parte, y las grandes culturas religiosas por otra. ¿Qué podemos aportar los cristianos? Vale la pena transcribir unas líneas tomadas del final de esa misma conferencia:

“Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo. El testimonio negativo de cristianos que hablaban de Dios y vivían contra Él, ha obscurecido la imagen de Dios y ha abierto la puerta a la incredulidad. Necesitamos hombres que tengan la mirada fija en Dios, aprendiendo ahí la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto sea iluminado por la luz de Dios y a quienes Dios abra el corazón, de manera que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de los demás. Sólo a través de hombres que hayan sido tocados por Dios, Dios puede volver entre los hombres”.

Ya se ve que, cuando se habla de la relación entre la fe y las culturas no se trata de un planteamiento meramente intelectual, sino de una “fe vivida” en todos los

¹¹ El diálogo entre J. Habermas y J. Ratzinger tuvo lugar el 19.I.2004. Los textos han sido publicados, entre otros lugares, en J. RATZINGER, *Europa: raíces, identidad y misión*, Ciudad Nueva, Madrid 2005, pp. 67-81. El texto de Habermas ha sido tomado de “Zenit” (www.zenit.org), servicio del 30-VII-2005.

¹² J. RATZINGER, *Europa: raíces, identidad y misión*, cit., p. 73.

¹³ Vid. sobre estas cuestiones P. BLANCO, *Joseph Ratzinger: razón y cristianismo*, Rialp, Madrid 2005.

¹⁴ En el monasterio de Santa Escolástica (Subiaco), el 1-V-2005, al recibir el premio “San Benito por la promoción de la vida y la familia en Europa”.

ámbitos, también en relación con las realidades temporales, sociales y políticas; con la libertad y la responsabilidad que surgen de la fe, para transformar *de hecho* tantas realidades que necesitan ser transformadas –también las inteligencias–, hasta hacer del mundo un lugar donde pueda reconocerse a Dios en el rostro de los hombres. Esto es lo coherente, al menos desde el punto de vista cristiano.

Observa el Compendio del Catecismo que Dios otorga y pide al hombre su colaboración “mediante sus acciones, sus oraciones, pero también con sus sufrimientos, suscitando en el hombre ‘el querer y el obrar según sus misericordiosos designios’”¹⁵ (n. 56). Todo ello forma parte de la “palabra” que los cristianos ofrecen en el diálogo con las demás personas, culturas y religiones.

El Apóstol Pablo nos enseñó a ver incluso en los ídólatras la aspiración hacia un Dios supremo, aunque desconocido¹⁶. También en medio de los ídolos que hoy nos acechan –el poder, la riqueza, el culto al cuerpo, etc.– la vida cristiana contiene la semilla de la vida del Dios único y verdadero: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

3. VIDA DE FE, SERVICIO Y OFRENDA

Volvamos al hilo de nuestro discurso, para preguntarnos qué implica, para los cristianos, concretamente esa “fe vivida”, esa “vida con Cristo” o “vida en el Espíritu” a que nos venimos refiriendo. Veremos en primer lugar su configuración básica: la fe y los sacramentos. En segundo término, su horizonte de servicio a la humanidad y al mundo. Por último insistiremos –siempre siguiendo las huellas del Catecismo de la Iglesia Católica y su Compendio– en que la condición primera de una fe iluminada y vivida es el servicio y el culto a Dios.

3.1. La “edificación de la Iglesia” por la fe y los sacramentos

Los Padres de la Iglesia, primeros grandes educadores de la “fe vivida”, explicaban que la vida cristiana consiste en la unión con Dios y con los demás, de modo que se contribuya a la “edificación de la Iglesia”. Es decir, a la construcción de este templo que formamos como hijos de Dios en Cristo por el Espíritu Santo, del cual los templos materiales son sólo un signo visible. La fe cristiana entiende que se trata de una obra cuya acción principal corresponde a la Trinidad. Al mismo tiempo los cristianos pueden aportar mucho, personalmente, a la edificación o construcción de la Iglesia.

Lo expresa con contundencia Tomás de Aquino: “la Iglesia está constituida por la fe y los sacramentos de la fe”¹⁷. Todo lo demás (la caridad, el servicio de la vida cristiana, la oración, etc.) es fruto de ellos. Ya nos hemos referido, en el primer apartado, al carácter dialógico de la fe. Cabe recordar que ese carácter dialógico corresponde también a los sacramentos, en cuanto donación de la gracia y a la vez, acogida del hombre en acción de gracias. Es lo que se expresa como “economía de la salvación”: el amor misericordioso de Dios que llama al hombre a la comunión íntima con la vida trinitaria, y la respuesta del hombre-persona que celebra eternamente el gozo por la posesión de Dios, ya desde la tierra.

El Compendio del Catecismo afirma que la Iglesia, como templo del Espíritu Santo, es edificada por el Espíritu “en la caridad con la Palabra de Dios, los sacramentos, las virtudes y los carismas” (n. 159). En efecto, la fe es don que viene con la Palabra divina y se desarrolla con nuestra colaboración y con la fuerza de la gracia que se nos da en los sacramentos. Completan los dones divinos, la gracia, que sirve de base a las virtudes sobrenaturales, y los carismas: dones especiales que el Espíritu Santo

¹⁵ Flp 2, 13.

¹⁶ Cfr. Hech, 17, 23.

¹⁷ Summa Theologica, q. 74, a. 2 ad 3.

concede a las personas “para las necesidades del mundo y, en particular, para la edificación de la Iglesia” (n. 160).

Pues bien, la fe y los sacramentos ocupan la primera y la segunda parte del Catecismo de la Iglesia Católica y de su Compendio. Ese, y no otro, es el “bagaje” fundamental, idealmente hecho vida, con el que los cristianos pueden servir eficazmente al diálogo entre las culturas. En este punto llegamos a la cúspide de nuestro recorrido, según el título que encabeza estas páginas.

Estamos, en relación con el Catecismo y su Compendio, ante una cuestión clave. En una conferencia pronunciada en Estados Unidos en 1993¹⁸, Christoph Schönborn – secretario de la comisión redactora del Catecismo– asumía estas palabras de Pedro Rodríguez, autor de la edición crítica del Catecismo Romano o Catecismo de Trento: “La opción es evidente: el Catecismo Romano, antes de presentar al cristiano *lo que ha de hacer*, quiere declararle *quién y cómo es él* (...). De hecho, el orden doctrinal del Catecismo de Trento no tiene cuatro partes, sino que se presenta como un díptico magnífico tomado de la tradición: por un lado, los misterios de la fe en Dios uno y trino, tal como es profesada (Credo) y celebrada (sacramentos); por otro lado, la vida cristiana según la fe –fe que obra por la caridad– expresada en un estilo cristiano de vida (decálogo) y en una oración filial (Padre Nuestro)”¹⁹.

La articulación entre las cuatro partes del Catecismo de la Iglesia Católica, que sigue en su estructura al Catecismo Romano, se puede resumir diciendo ante todo que la fe cristiana incluye los sacramentos (los “sacramentos de la fe”: cfr. Compendio, n. 228). Sólo con esos dones de Dios, que nos dan una participación de la vida trinitaria a través de la gracia, podemos “luego” vivir una vida coherente a nuestra comunión con Dios. La vida cristiana, presidida por la caridad, es un fruto de los sacramentos que se manifiesta también en el diálogo con Dios: la oración.

En otros términos, la primera parte del Catecismo presenta las obras de Dios para nosotros (la fe y los sacramentos) y la segunda, nuestra respuesta a sus dones (la vida cristiana y la oración). Con la terminología de Santo Tomás, se diría: la Iglesia es *communio sanctorum*, lo cual significa ante todo la comunión de las “cosas santas” que Él nos da; y también significa la “comunión de los santos”, de aquellos que participan de las “cosas santas”, aunque sea sólo incoativamente, aquí en la tierra.

3.2. *El Catecismo y el servicio de la vida cristiana*

El Catecismo de la Iglesia Católica muestra una profunda “autocomprensión” de su estructura, concebida como articulación de la exposición de la fe (vid. sobre todo nn. 737-741). La primera parte del Catecismo (*el Credo*) culmina exponiendo que la misión de Cristo (Verbo encarnado) y del Espíritu Santo (en Pentecostés) están al servicio de la comunión de los cristianos con Dios Padre, que es la Iglesia. La segunda parte muestra cómo por medio de los *sacramentos*, Cristo comunica su Espíritu a los miembros de su Cuerpo místico. La tercera parte se ocupa del fruto de los sacramentos, que es la vida nueva (parte moral). Finalmente, la cuarta parte se centra en una consecuencia fundamental de esa vida nueva: el diálogo con Dios en la oración.

Respecto al Compendio del Catecismo, puede observarse que refleja esa misma “autocomprensión” de la estructura cuatripartita en los nn. 144-146. Al explicar cómo se da la relación entre Cristo y la acción del Espíritu Santo en la Iglesia, se dice:

¹⁸ Cfr. C. SCHÖNBORN, *El Catecismo de la Iglesia Católica: ideas directrices y temas fundamentales*, en J. RATZINGER-C. SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica*, Ciudad Nueva, Madrid 1994, pp. 41-66.

¹⁹ P. RODRÍGUEZ et al., *Catechismus Romanus*, ed. crítica, Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano 1989, *Prólogo*, pp. XXVI-XXVIII.

“El Espíritu Santo edifica, anima y santifica a la Iglesia; como Espíritu de Amor, devuelve a los bautizados la semejanza divina, perdida a causa del pecado, y los hace vivir en Cristo la vida misma de la Trinidad Santa. Los envía a dar testimonio de la Verdad de Cristo y los organiza en sus respectivas funciones, para que todos den ‘el fruto del Espíritu’²⁰” [primera parte]. “Por medio de los *sacramentos*, Cristo comunica su Espíritu a los miembros de su Cuerpo [segunda parte], y la gracia de Dios, que da frutos de *vida nueva*, según el Espíritu [tercera parte]. El Espíritu Santo, finalmente, es el Maestro de la *oración*” [cuarta parte].

Como sucede con el Catecismo de la Iglesia Católica, también en su Compendio el centro de la estructura viene determinado por Cristo, que lleva a su plenitud la Revelación y con ello el designio de la Trinidad. Así lo expresaba Benedicto XVI en la presentación del Compendio:

“Cristo profesado como hijo único del Padre, como perfecto Revelador de la verdad de Dios y como definitivo Salvador del mundo; Cristo celebrado en los sacramentos, como fuente que sustenta la vida de la Iglesia; Cristo escuchado y seguido en la obediencia de sus mandamientos, como fuente de existencia nueva en la caridad y en la concordia; Cristo imitado en la oración, como modelo y maestro de nuestro comportamiento orante frente al Padre”²¹.

Hay que añadir que esa estructura *tradicional* –que desde el Catecismo de Trento muy pocos catecismos han mantenido– se presenta en el Catecismo y su Compendio *de manera nueva*, para responder a los interrogantes de nuestra época. Las tres primeras partes, en contraste con las correspondientes del Catecismo Romano, se dividen en dos grandes secciones, correspondiendo estructuralmente la segunda a la parte análoga del Catecismo Romano. La primera sección en cada una de esas partes es nueva y expresa que “el hombre es el camino de la Iglesia”²².

En definitiva, en este monumento catequético que Juan Pablo II ha entregado a la Iglesia y al mundo, las dimensiones *trinitaria* y *crisológica* de la fe cristiana se entrelazan con la dimensión *antropológica*.

Como resultado, la primera parte del Catecismo contiene una “antropología fundamental” que ayuda a valorar la dignidad del hombre y del acto de fe (sección “Creo”, “creemos”, nn. 26-184, sintetizada en el Compendio, nn. 1-32).

La segunda parte del Catecismo, en la sección titulada “la economía sacramental” (nn. 1076-1209), se descubre la riqueza que proviene del “movimiento litúrgico” y de la formulación de la “sacramentalidad” de la Iglesia, realizada por el Vaticano II y desarrollada por la teología que le sucede (ver la síntesis del Compendio, nn. 218-249).

La tercera parte del Catecismo se ocupa en los nn. 1699-2051 de “La vocación del hombre: la vida en el Espíritu”, donde se presenta la moral cristiana como llamamiento a la vida de la fe. (La sección correspondiente del Compendio ocupa los nn. 357-433).

Ante la pregunta de qué modo la vida (moral) cristiana está vinculada a la fe y a los sacramentos, declara el Compendio del Catecismo:

“Lo que se profesa en el Símbolo de la fe, los sacramentos lo comunican. En efecto, con ellos, los fieles reciben la gracia de Cristo y los dones del Espíritu Santo, que les hacen capaces de vivir la vida nueva de hijos de Dios en Cristo, que

²⁰ Gal 5, 22.

²¹ Una explicación más detenida, firmada por el Cardenal Ratzinger, se encuentra en la *Introducción* del Compendio mismo (n. 3).

²² Encíclica *Redemptor hominis* (1979), n. 14.

es acogido con fe” (n. 357). Y más adelante, al introducir la parte cuarta describe la oración como “relación personal y viva de los hijos de Dios con su Padre infinitamente bueno, con su Hijo Jesucristo y con el Espíritu Santo, que habita en sus corazones” (n. 534).

Toda la enseñanza y la finalidad del Catecismo desemboca en *el conocimiento amoroso* del Dios único y de su enviado Jesucristo, como expresaba ya el Catecismo Romano: “Toda la finalidad de la doctrina y de la enseñanza debe ser puesta en el amor que no acaba. Porque se puede muy bien exponer lo que es preciso creer, esperar o hacer, pero sobre todo se debe siempre hacer aparecer el Amor de nuestro Señor, a fin de que cada uno comprenda que todo acto de virtud perfectamente cristiano no tiene otro origen que el Amor, ni otro término que el Amor”²³. Esa es también la “fuerza interior” del Catecismo de la Iglesia Católica (cfr. n. 429) y de su Compendio.

De este “conocimiento amoroso de Cristo”, que ya los primeros cristianos procuraron extender, nace el “deseo de evangelizar y catequizar, es decir, de revelar en la persona de Cristo todo el designio de Dios, y de poner a la humanidad en comunión con Jesús” (Compendio, n. 80). La totalidad de la vida cristiana, sobre la base de la fe y los sacramentos, es un servicio a Dios y, por Él, a todas las personas del mundo. La única condición para dar este testimonio del Amor de Dios en el mundo es la comunión de amor con la Trinidad, por la gracia que nos comunica la vida cristiana.

Con frecuencia la liturgia de la Iglesia pone en boca de los fieles plegarias como éstas, dirigida a Dios Padre: “Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad para que, alimentados del mismo pan del cielo, permanezcamos siempre unidos por el mismo amor. Por Jesucristo, nuestro Señor”²⁴. “Señor, Tú que devuelves la inocencia y la amas, dirige hacia ti los corazones de tus siervos, para que acogiendo tu Espíritu con fervor, permanezcan firmes en la fe y eficaces en las obras. Por Jesucristo, nuestro Señor”²⁵.

3.3. *La vida cristiana como “culto espiritual”*

Decíamos que la condición para que la vida cristiana sea la “palabra” ofrecida en diálogo al mundo es que participe del amor de Dios que se nos anuncia y comunica *en* Jesucristo, en su misma vida. La misión de la Iglesia existe “para que todo el género humano forme un único Pueblo de Dios, se una en un único Cuerpo de Cristo, se coedifique en un único templo del Espíritu Santo”²⁶.

En la liturgia de la dedicación de un templo, se recoge el pasaje paulino donde se dice a los cristianos: vosotros sois el templo de Dios, donde habita su Espíritu, edificado sobre el cimiento que es Jesucristo²⁷. La edificación de la Iglesia se centra en la liturgia sacramental, especialmente en la Eucaristía que es, por eso, “fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia”²⁸.

El Compendio del Catecismo explica que el principal “protagonismo” de la liturgia lo tiene la Trinidad: “El Padre nos colma de bendiciones en el Hijo encarnado, muerto y resucitado por nosotros, y derrama en nuestros corazones el Espíritu Santo”; “Cristo significa y realiza principalmente su Misterio pascual”, y al entregar el Espíritu Santo a los Apóstoles “les ha concedido a ellos y a sus sucesores el poder de actualizar la obra de la salvación por medio del sacrificio eucarístico y de los sacramentos”; por su parte, “el Espíritu Santo prepara a la Iglesia para el encuentro con su Señor, recuerda y

²³ *Catecismo Romano*, Prefacio, n. 10.

²⁴ *Poscomunió*n, viernes de la 32ª semana.

²⁵ *Colecta*, jueves de la 2ª semana.

²⁶ CONC. VATICANO II, *Ad gentes*, n. 7.

²⁷ Cfr. *1 Co* 3, 9-16.

²⁸ Título del Sínodo de los Obispos de 2005.

manifiesta a Cristo a la fe de la asamblea de creyentes, hace presente y actualiza el Misterio de Cristo, une la Iglesia a la vida y misión de Cristo y hace fructificar en ella el don de la comunión” (nn. 221-223).

Pero Dios no quiere obrar sin nosotros. ¿Cuál es, entonces, el papel de los cristianos en la liturgia? Ofrecer su propia vida a la acción de la Trinidad como “culto espiritual”. Esto es lo que los Padres de la Iglesia llamaban *logike latreia*, es decir, el culto conforme al *Logos*, el culto que tiene lugar “por Cristo, con Él y en Él”: por la obra del Verbo encarnado, con Cristo-Cabeza y en el seno de su Cuerpo místico, tanto en la tierra como en el cielo. Es el culto cristiano, que se realiza no sólo en los templos de piedra, sino, como decían los Padres, “en el altar del corazón”. La Iglesia entera, y cada uno de los cristianos ejercitan una función verdaderamente sacerdotal.

Un texto entre muchos: “He aquí que nuestra vida se convierte en una continua celebración, animada por la fe en la omnipresencia divina que nos rodea por todas partes. Alabamos a Dios mientras aramos los campos; cantamos en su honor mientras navegamos por el mar y en todas las acciones nos dejamos inspirar por la misma sabiduría”²⁹.

En su primera parte el Compendio explica que esta función sacerdotal de la vida cristiana se acompaña de la función profética y regia:

“El Pueblo de Dios participa del oficio *sacerdotal* de Cristo en cuanto los bautizados son consagrados por el Espíritu Santo para ofrecer sacrificios espirituales; participa de su oficio *profético* en cuanto, con el sentido sobrenatural de la fe, se adhiere indefectiblemente a ella, la profundiza y la testimonia; participa de su función *regia* con el servicio, imitando a Jesucristo, quien siendo rey del universo, se hizo siervo de todos, sobre todo de los pobres y los que sufren” (n. 155).

Esto es posible, señala el Compendio, porque, por medio de Cristo –verdadero templo de Dios– y la acción del Espíritu Santo “también los cristianos y la Iglesia entera se convierten en templos del Dios vivo” (n. 244). En consecuencia, podría decirse que el alma del “culto externo” es, para la gloria de Dios, el “culto interno” que cada cristiano ofrece –por manos de los sagrados ministros–, presentando en el altar *toda su vida* para que sea aceptable por Jesucristo. Por el Bautismo todos los cristianos se hacen partícipes del sacerdocio de Cristo. Poseen el “sacerdocio común de los fieles”, lo que les capacita para tomar parte en el culto cristiano y, con el refuerzo del sacramento de la Confirmación, ser testigos y servidores de la fe en todo momento.

El Concilio Vaticano II expresaba esta realidad del “culto espiritual”, que todos los cristianos están llamados a dar a Dios, con referencia particular a los fieles laicos, de una manera nada sospechosa, por cierto, de “espiritualismo” o “intimismo”:

“Todas sus obras, oraciones y proyectos apostólicos, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso del alma y de cuerpo, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida si se sufren pacientemente, se convierten en “hostias espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo”³⁰, que en la celebración de la Eucaristía, con la oblación del cuerpo del Señor, ofrecen piadosísimamente al Padre. Así también los laicos, como adoradores en todo lugar y obrando santamente, consagran a Dios el mundo mismo”³¹.

²⁹ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata* VII, 7: PG 9, 451.

³⁰ *1 Pe* 2,5.

³¹ CONC. VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 34.

La “materia” de la ofrenda de los fieles, sobre todo en el caso de los laicos, es, en palabras de Josemaría Escrivá, el “sacerdocio de la propia existencia”³². Solía predicar que todos los cristianos tienen “alma sacerdotal”³³ y que la Misa es el “centro y raíz” de la vida cristiana. Por eso enseñaba también a hacer del día entero una “Misa”³⁴.

Recapitemos lo que hemos visto en los párrafos anteriores. En unión con Cristo, los cristianos son edificados como templos del Espíritu Santo para gloria del Padre. Así ejercitan el sacerdocio santo –participación del sacerdocio de Cristo– que recibieron en el Bautismo y se disponen a que su vida en Cristo crezca por su participación en la Eucaristía; de un modo pleno cuando reciben la Sagrada Comunión.

Los demás sacramentos se ordenan a este “sacerdocio santo” de todos los cristianos. Por el sacramento de la Penitencia, se recibe de Dios el perdón de los pecados y la reconciliación con la Iglesia, de modo que el que tenía conciencia de pecado grave puede acercarse de nuevo a recibir la comunión eucarística. Por la Unción de los enfermos la Iglesia pide la salud espiritual y, si conviene, también corporal, y la fuerza para unirse a la pasión y muerte del Señor, acto por excelencia de su sacerdocio. Los cónyuges cristianos, gracias al sacramento del Matrimonio, se ayudan mutuamente a santificarse en la vida conyugal y en la procreación y educación de los hijos, ejerciendo de un modo particular el sacerdocio de los bautizados³⁵.

Así, por la fe y los “sacramentos de la fe” los cristianos “se hacen” lo que son: miembros de Cristo. Y es que “cristiano”, al igual que “Cristo” (=ungido por el Espíritu) es un nombre de misión. En una homilía del siglo II se anima a los cristianos a contribuir, con su coherencia, a la santificación del nombre de Dios en el mundo: “Procuraremos edificar con nuestra vida a los que no son cristianos, evitando así que el nombre de Dios sea blasfemado por nuestra culpa”³⁶. No es de extrañar que Benedicto XVI, durante su homilía en la Jornada de la juventud en Colonia, animara a los jóvenes a dos cosas fundamentalmente: vivir la Eucaristía dominical y estudiar el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica.

Precisamente en la explicación de la pintura de Joos Van Wassenhove, “Jesús da la comunión a los Apóstoles”, reproducida entre la primera y la segunda parte del Compendio, el texto evoca a los cuarenta y nueve mártires de Abitine (África proconsular). Murieron por afirmar que “sin la Eucaristía, no podemos vivir”. En efecto, la celebración de la Eucaristía ha de prolongarse, como una necesidad vital “en el altar del corazón” del cristiano, para poder celebrarse “sobre el altar del mundo”³⁷ y en el concierto de las culturas.

“La Eucaristía –señala el Compendio en el mismo lugar– constituye el hilo de oro con el que, desde la última Cena, se anudan todos los siglos de la historia de la Iglesia hasta nosotros. Las palabras de la consagración: ‘Esto es mi cuerpo’ y ‘Este es el cáliz de mi sangre’, son pronunciadas siempre y en todas partes, también en los campos de concentración y de exterminio y en las millares de prisiones aún hoy existentes. En este horizonte eucarístico, la Iglesia fundamenta su vida, su comunión y su misión”.

En palabras del Obispo de Roma³⁸, “la Iglesia es la red –la comunidad eucarística– en la que todos nosotros, al recibir al mismo Señor, nos transformamos en

³² Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 96; nn. 87, 102, 154, etc.; *Forja*, n. 69.

³³ Vid. *Surco*, n. 499, y *Forja* n. 369.

³⁴ Cfr., entre muchos textos, *Es Cristo que pasa*, nn. 87, 102, 154, etc.; *Forja* 69.

³⁵ Cfr. CONC. VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 10.

³⁶ *Homilía de un autor del siglo segundo*, vid. la frase en su contexto en el cap. 10.1-12, 1; 13, 1; Funk 1, 157-159.

³⁷ JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia* (2003), n. 8.

³⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía en San Juan de Letrán*, 7-V-2005.

un solo cuerpo y abrazamos a todo el mundo. (...) Toda la doctrina de la Iglesia, en resumidas cuentas, conduce al amor. Y la Eucaristía, como amor presente de Jesucristo, es el criterio de toda doctrina. Del amor dependen toda la Ley y los Profetas, dice el Señor³⁹. El amor es la Ley en su plenitud, escribió san Pablo a los Romanos”⁴⁰.

3.4. *El dinamismo evangelizador y humanizador del culto cristiano*

Hay, pues, un auténtico dinamismo que enlaza la fe, los sacramentos y la caridad, como traducción, también al plano social, de las actitudes y la “manera de ser” de Cristo, por parte de cada cristiano y de la Iglesia en su conjunto. Así lo dice una de las proposiciones del Sínodo de los Obispos de 2005:

“Es en el compromiso por transformar las estructuras injustas para restablecer la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, donde la Eucaristía se hace, en la vida, aquello que ella significa en la celebración. (...) Quien participa en la Eucaristía debe comprometerse a construir la paz en nuestro mundo, marcado por muchas violencias y guerras, y hoy en modo especial por el terrorismo, la corrupción económica y la explotación sexual. Condiciones para construir una verdadera paz son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón”⁴¹.

Gracias a la Eucaristía, los cristianos pueden transformar su vida en una ofrenda de servicio, a Dios, a todas las personas y al mundo. Al mismo tiempo, la catequesis les orienta con vistas a la madurez de su fe cristiana, desde el encuentro con Cristo en “unidad de vida”, y les capacita para participar en la evangelización.

“En esta misión evangelizadora y humanizadora de la Iglesia –ha dicho Benedicto XVI– participan los fieles laicos de un modo peculiar y acorde con su índole secular, pues viven y actúan allí donde se organiza la vida social, donde se toman las decisiones o se transforman las estructuras que condicionan la vida civil. Ellos han de seguir su vocación específica de ‘buscar el Reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales’⁴² y, por tanto, poniendo sus capacidades profesionales y el testimonio de una vida ejemplar al servicio de la evangelización de la vida social, haciéndola al mismo tiempo más justa y adecuada a la persona humana. Para ello necesitan una sólida formación que les permita discernir en cada situación concreta, por encima de intereses particulares o propuestas oportunistas, lo que realmente mejora al ser humano en su integridad y las características que han de tener los diversos organismos sociales para promover el verdadero bien común”⁴³.

4. CONCLUSIÓN

Hemos comenzado por la pregunta de cómo podemos colaborar los cristianos en el diálogo intercultural. Desde la relación entre la fe, la catequesis y las culturas, en un segundo momento planteamos el diálogo como forma de la propuesta cristiana en el mundo de hoy, una propuesta que aúna la verdad con el amor. Los presupuestos para ese diálogo se sintetizan en la “vida de la fe”, que capacita a los cristianos para contribuir en la “edificación de la Iglesia” y su misión evangelizadora. Si la vida cristiana se entiende como ofrenda a Dios y servicio a todas las personas, es fácil redescubrir el lugar central de Cristo en la catequesis. En la Eucaristía Cristo asume

³⁹ Cfr. *Mt* 22, 40.

⁴⁰ Cfr. *Rm* 13, 10.

⁴¹ SÍNODO DE OBISPOS DE 2005, *Proposición* n. 48 (la traducción al castellano es mía).

⁴² CONC. VATICANO II, *Lumen gentium*, n. 31.

⁴³ BENEDICTO XVI, *Mensaje con ocasión del Encuentro Continental para América sobre el “Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia”*, dirigido al Cardenal de México, Norberto Rivera, 19.XI.2005.

nuestra vida en su ofrenda al Padre, al mismo tiempo que nos hace vivir su Vida, como garantía del servicio cristiano al mundo.

Los cristianos participan en el diálogo que les corresponde como ciudadanos del mundo, desde su propia identidad. “Hablan” con el testimonio de su vida y con las razones de la esperanza⁴⁴.

Digámoslo de nuevo. Sólo desde la hondura del conocimiento de Dios Uno y Trino y del amor que ese conocimiento suscita, se puede captar la centralidad de la religión –la relación a y con Dios– en las culturas y, reconociendo toda la dignidad de las religiones, entrar en diálogo con ellas. En el plano del diálogo entre las personas, sólo desde una fe plenamente vivida, el cristiano puede descubrir la apertura que el otro manifiesta en relación con la Revelación.

En conjunto, hemos caminado en estas páginas desde el multiculturalismo hasta el culto, el culto cristiano que se extiende a las dimensiones de la vida personal y social. En castellano, y ya en latín, *cultura* tiene que ver con *culto* y también con *cultivo* de la tierra. Como percibieron los comentaristas rabínicos, “culto” y “trabajo” están semánticamente conectados en el hebreo del Génesis. Y el cultivo de la tierra es un icono del desarrollo del mundo y de la transformación de la historia.

De esta forma resulta que el mejor servicio que los cristianos podemos prestar en el diálogo intercultural consiste en vivir con plenitud y coherencia –también en el espacio público– la vida cristiana. Eso se propone la catequesis, que, a partir de ahora, cuenta con el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica para la educación en la fe. Un nuevo instrumento que se presenta en forma de diálogo no sólo para los cristianos, sus primeros destinatarios, sino para todos aquellos que deseen conocer los elementos esenciales del cristianismo.

⁴⁴ Cfr. *I Pe* 3, 15.